Hebe Uhart

“Gógol escribe sobre la Avenida Nevsky de San Petersburgo y observa los cambios en las diferentes horas del día. Los ruidos y los movimientos son distintos según en qué hora uno visite el lugar. Una calle se transforma cuando los primeros negocios abren. En primavera la gente está más contenta y lo manifiesta haciendo más ruido. Entonces me fijo qué es particular de esos lugares y de la gente que los habita. Ser capaz de diferenciar los detalles, los paseadores de perros especializados en las razas más diversas, las bolivianas vendiendo ropa interior en la calle, una vestimenta para ejecutivos y otra para empleados.”

“no hay nada peor que un escritor que no usa los dones de su región (...) cuando la vida que verdaderamente nos rodea resulta ignorada, cuando nuestros patrones de lenguaje son completamente pasados por alto, algo anda mal. No se puede separar a los personajes de su entorno. No se puede decir nada significativo acerca del misterio de la personalidad a menos que se ubique esa personalidad en un verosímil y significativo contexto social, y la mejor manera de lograrlo es con el lenguaje particular del personaje”. No es lo mismo decir que hace calor o “calorón”, como se dice en Córdoba, o “calorazo” en la provincia de Buenos Aires. En Corrientes el lenguaje es muy visual: hay carteles para los accidentes de trabajo, donde muestran una ruta, un auto, un cielo, ese cartel me está diciendo cómo son. Una señora de Amaicha me dijo, cuando le pregunté si tenía perro: “unito”.

Sarmiento, El Facundo, cap. II

“¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... **no ver nada**; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto. De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La oscuridad se sucede después a la luz: la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras.”